

ESTADOS UNIDOS Y LAS ELECCIONES DEL 2000

Víctor Pérez-Díaz

ASP Research Paper 41(a)/2001

Sumario:

1. Estados Unidos en el mundo
2. Contraste entre dos milenios
3. Los límites del sistema político
4. Mirando adelante: la política exterior
5. La política interior
6. Mirando atrás: la puesta en cuestión del resultado
7. Las elecciones
8. La campaña electoral
9. Símbolo y realidad del resultado
10. Límites y potencialidades de EE UU

ASP Research Papers

Comité de Redacción /Editorial Board

Víctor Pérez-Díaz (director)
Berta Álvarez-Miranda Navarro
Juan Jesús Fernández González
Josu Mezo Aranzibia
Pilar Rivilla Baselga
Juan Carlos Rodríguez Pérez
Fernando González Olivares (redactor jefe)

Comité Científico Internacional /International Scientific Committee

Daniel Bell (American Academy of Arts and Sciences)
Suzanne Berger (Massachusetts Institute of Technology)
Peter Gourevitch (University of California, San Diego)
Peter Hall (Harvard University)
Pierre Hassner (École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris)
Kenneth Keniston (Massachusetts Institute of Technology)

© Víctor Pérez-Díaz

Este trabajo no podrá ser reproducido en todo
o en parte sin permiso previo del autor

Depósito legal: M-6126-1994
ISSN: 1134 - 6116

Las últimas elecciones presidenciales de EEUU deben analizarse dentro del proceso que va de la campaña electoral a los primeros pasos del nuevo presidente. Debe entenderse asimismo lo que esos comicios reflejan sobre los Estados Unidos de hoy día.*

Imaginemos un tren que corre a través de un campo abierto. Estamos sentados en un compartimento mirando por la ventanilla. Hace un instante vimos un pueblo sobre una colina. Ahora vemos en lontananza una casa blanca. Estamos a punto de llegar a una estación. Para quienes miramos por esa ventanilla el pueblo pertenece al pasado, la casa al presente, y la estación al futuro. Pero quien se encarama al techo del tren verá el pueblo, la casa y la estación al mismo tiempo, y podrá apreciar mejor el dibujo del paisaje al que todos ellos pertenecen.

Si observamos de esta forma las elecciones presidenciales en los Estados Unidos de noviembre del año 2000, desde la perspectiva de los primeros meses de 2001, con el tren de nuevo en marcha, la estación atrás, y nosotros, arriba, los hitos del camino son: el momento presente pero mirando al futuro que se avecina, la disputa por el voto en el estado de Florida, las elecciones y, a más distancia, la campaña electoral. Quizá, de esta forma, podamos entender mejor tanto los acontecimientos, que pasan, como el paisaje, que se queda: el de unos Estados Unidos con un sistema político complejo, resistente y con algunos defectos llamativos; con una clase política capaz, pero limitada; y con una sociedad vivaz, ambiciosa, semicomplaciente y desconcertada.

El procedimiento de contemplar el camino y el paisaje colocándonos en el día de hoy y mirando adelante y atrás tiene dos ventajas. Primero, nos permite arrancar con "el momento de la verdad": la promesa, para unos, o la amenaza, para otros, se ha cumplido. Tenemos delante un presidente que comienza a actuar. Segundo, este momento en el que la idea o la imaginación se hacen realidad puede ayudarnos a aquilatar las proporciones del fenómeno del que estamos hablando. Lo explicaré.

Como estamos (mal)acostumbrados a imaginar que una parte del mundo obedece las órdenes de un demiurgo benévolo y la otra responde a las de una conspiración maligna, nos empeñamos en atribuir a las elecciones presidenciales de la sociedad más poderosa de la tierra (pero no omnipotente) una importancia desmesurada. Atribuimos a su presidencia unos poderes para el bien o para el mal que no tiene. Así que quizá no esté de más comenzar rebajando un poco las expectativas acerca de lo que el nuevo presidente de los Estados Unidos, George Walker Bush, *probablemente* va a hacer en los próximos meses, o años.

*Este texto aparece publicado en *Política Exterior*, núm. 80, Marzo/Abril, 2001

1. Estados Unidos en el mundo

Comencemos por las bases de la política exterior, es decir, por la posición de los Estados Unidos en el mundo; pero antes conviene despejar algunos posibles malentendidos. En primer lugar, aunque a veces los norteamericanos no se lo crean, los Estados Unidos "están en el mundo" y no "fuera de él", y carecen de la opción de entrar o salir del mismo según su libre arbitrio. Sólo pueden elegir el modo de estar dentro. Y dado que sus relaciones con el resto del planeta han experimentado un cambio extraordinario durante la última década por efecto de la globalización y el colapso de la Unión Soviética, sus dudas sobre si intervenir "más o menos" en el mundo son un tanto retóricas: no tienen otro modo de hacerlo que no sea pleno y rotundo. En segundo lugar, puede haber un malentendido sobre los efectos de su intervención, que suelen ser considerables pero no tanto, para bien o para mal, como muchos norteamericanos se imaginan.

Es normal que los países sean narcisistas y se imaginen ser el centro del mundo. A veces lo son de modo victimista. Se sienten el centro del mundo por el procedimiento de sufrir mucho los agravios presentes o pasados de que han sido objeto a manos de vecinos malévolos o conquistadores lejanos, del destino cruel o la locura propia. Sufren pero existen, en una atmósfera de autocompasión y de resentimiento. Otras veces, los países son narcisistas en una modalidad gloriosa: la de exaltar su ejemplaridad, su misión civilizadora, o su relación privilegiada con unos dioses omnipotentes que en algo les permiten participar de su poder. En una forma u otra, ahora hay unas doscientas naciones aquejadas de esta dolencia narcisista en el planeta; pero conste que la dolencia no significa necesariamente ausencia de fundamentos razonables para la autoestima. Expresa, más bien, cierta proclividad a la exageración.

La variante narcisista de los Estados Unidos se basa en la creencia de que constituyen un agente histórico-universal con una misión civilizadora que cumplir. La creencia tiene algunos fundamentos razonables evidentes. Casi desde el principio los Estados Unidos han operado con un marco institucional bastante propicio, dentro de lo que cabe, para el desarrollo de un sistema político con una autoridad limitada y un gobierno representativo, una economía de mercado y una cultura de relativa tolerancia con la diversidad. Fijándonos sólo en el siglo que acaba de terminar, parece obvio que la derrota de los totalitarismos ha sido, sobre todo, obra suya. Sin esa derrota, y por tanto sin la intervención de los Estados Unidos, los europeos viviríamos hoy en circunstancias muy incómodas. Unos, los más díscolos, en campos de concentración, y con una probabilidad entre media y alta de ser asesinados en cualquier momento. Otros, los más aquiescentes, en sus casas, apoquinados y teniendo que soportar las canciones entusiastas de los jóvenes con el brazo en alto, ora el derecho con la mano extendida, ora el izquierdo con el puño cerrado.

De manera que sí, los Estados Unidos se han ganado a pulso el respeto de todos aquellos que estimen el valor de un orden de libertad, porque lo han defendido con éxito en momentos difícilísimos.

Dicho esto, es obvio, también, que no han sido ni son los únicos en el empeño de la defensa de la libertad, y que sus capacidades son limitadas. Y los son no sólo por las resistencias de la realidad exterior sino por los problemas internos del país, y porque los norteamericanos responden a la imagen ideal que se hacen de sí mismos sólo hasta un punto. Lo cierto es que la actuación de los Estados Unidos responde a intereses y valores que les empujan a ser una pieza clave (pero no la única) de un orden mundial que sería una *mezcla* de un orden de libertad y de un campo de juego para estrategias predatorias. Esa mezcla da a su conducta una tonalidad ambigua, de moralidad auténtica y de manipulación instrumental, que es, por lo demás, probablemente consustancial con la "ciudad terrestre" incluso en sus variantes más hospitalarias.

2. Contraste entre dos milenios

En estos momentos, una versión razonable de esa "misión civilizadora", y que tomara como referencia sus raíces históricas (y las nuestras), podría plantearse en los siguientes términos.

Durante los primeros siglos del segundo milenio, la Europa cristiana del momento se hubo de enfrentar con varios retos. Tuvo que defenderse de un entorno exterior peligroso, y para ello convirtió e incorporó a eslavos y normandos, y puso límites a las invasiones de árabes y mongoles. Lo que no incorporó fue objeto de una gran estrategia de contención, en el Mediterráneo y en las grandes llanuras de Eurasia, y quedó definido, a pesar de los múltiples puentes e influencias recíprocas, como algo fundamentalmente distinto y potencialmente hostil. En el interior de sus fronteras se establecieron las bases de un sistema complejo de convivencia y de tensión entre el poder temporal y el poder espiritual, que hizo posible, quizá sin que ello respondiera a designio alguno, un orden político plural, descentralizado y complejo, que otorgó márgenes y dejó resquicios para el desarrollo de debates culturales, franquicias y libertades locales, una moral individualista, una economía de mercado.

Ahora, en los comienzos del tercer milenio, los herederos de esa Europa cristiana de hace un milenio son, sobre todo, los Estados Unidos y la Unión Europea (UE). Aunque sus capacidades políticas y militares sean dispares, hay cierto equilibrio entre sus recursos demográficos, económicos y culturales. Sobre todo, tienen las afinidades electivas que resultan de la homogeneidad o la proximidad de sus marcos institucionales y sus matrices culturales básicas. Más allá de eso, no pueden olvidar que los Estados Unidos han sido y todavía son, en gran medida (pero lo serán cada vez menos en el futuro), lo que los europeos que dejaron el Viejo Mundo a sus espaldas (primero los ingleses y luego otros muchos pueblos europeos) hicieron en el Nuevo Mundo.

Curiosamente, su tarea histórica parece análoga a la de sus antecesores de hace un milenio. Por una parte tienen que ser fieles a sí mismos, y a una tradición institucional y cultural que les define. Por otra, su relación con el entorno es diferente. El entorno es difícil, pero ahora no consiste en las zonas relativamente

próximas del norte de Europa, el norte de África y el Asia central, sino que se extiende al conjunto del planeta. Tampoco es ya posible definir lo que está fuera como "el otro". Las fronteras son tan porosas que se han vuelto, en muchos campos, inexistentes. Lo único que pueden hacer los Estados Unidos, y, a su modo, la UE, es ir acomodándose a un proceso de interdependencia creciente, tratando de mantener un control moderado sobre algunos asuntos propios, e influir en el diseño de alguna forma de orden mundial emergente cuyo marco institucional sea, en lo posible, homólogo al que ellos tienen.

3. Los límites del sistema político

Claro es que los Estados Unidos pueden denominar a la realización de esta tarea el ejercicio de un liderazgo mundial, más o menos asertivo o más o menos humilde, de la misma manera que los europeos pueden decir que aspiran a convertirse a su vez en una superpotencia y coliderar el mundo. Estas operaciones de "poner nombres" a las cosas pueden hacerse, pero no es probable que afecten mucho a las cosas mismas. Y las cosas son: que si una superpotencia, por grande que sea, no puede salirse de la red de interdependencias de este mundo, tampoco puede controlarla. Su capacidad para influir en ella está limitada, por un lado, por las maniobras de una multitud de agentes incontrolables, y, por otro, por los límites de su propia capacidad de atención, de su capacidad de entendimiento de las situaciones, y de sus recursos de toda índole.

Para empezar, conviene tener en cuenta los límites del sistema político. Todavía hay muchos que piensan que éste es, por así decirlo, el foco central de una sociedad, y el lugar donde se toman las decisiones fundamentales que afectan su rumbo y donde se ejerce la llamada soberanía de los pueblos. En realidad, ésta es una concepción un poco ingenua (pero no totalmente errónea) de la importancia del sistema político en un orden de libertad. En el caso de los Estados Unidos, aun imaginando que su sistema político funcionase como un conjunto coherente y centralizado, éste no podría "controlar" y "decidir el rumbo" de su economía de mercado, ni de su sociedad, más que en una medida bastante modesta.

Pero ocurre, además, que no se trata de un sistema coherente y centralizado. El diseño del sistema político norteamericano impone la división y la separación de los poderes, e implica un juego de resistencias y equilibrios (*checks and balances*), es decir, la gestión de una inestabilidad endémica. La presidencia, o el ejecutivo, tiene que habérselas con las dos ramas del Congreso, es decir, el Senado y la Cámara de Representantes, que suman más de quinientos políticos "empresarios de sí mismos" (hoy día, 535 senadores y representantes) que actúan a veces en bloques partidistas, pero, con frecuencia, a su aire. Y con un sistema de tribunales de justicia complejísimo e "incontrolable". Todo lo cual es sólo una parte de un sistema político en el que hay que contar con los estados (que se consideran soberanos en su propia esfera de actuación), las administraciones locales y un sinnúmero de agencias gubernamentales independientes.

A su vez, este sistema político opera en un medio de agentes económicos y sociales multiforme y vivaz, y se ve sometido a la vigilancia clamorosa de unos medios de comunicación heterogéneos, multitud de *lobbies*, y una sociedad civil (en el sentido restringido y coloquial del término) o "tercer sector" en el que pueden englobarse consumidores, ecologistas, sindicatos, asociaciones profesionales, amén de iglesias y sectas de todos los colores y de una *intelligentzia* dispersa, por no hablar de las minorías étnicas o los movimientos de género (de los que el feminismo es sólo una parte).

Hay que tener en cuenta, además, que el presidente controla el ejecutivo sólo hasta cierto punto. En rigor, lo único que el presidente controla de cerca es la Casa Blanca, puesto que cada uno de sus departamentos goza de hecho de un margen de maniobra importante, mayor o menor según la capacidad del presidente para hacer de su gabinete un equipo coherente, y según cuales sean la agenda propia de sus secretarios y su habilidad para llevarla a cabo, controlar a su personal y persuadir a los comités del Senado y de la Cámara de representantes, la prensa, los *lobbies* o los medios de comunicación.

4. Mirando adelante: la política exterior

Dicho esto, y entrando en materia, el tipo de intervención en el mundo que se puede esperar, a primera vista, del equipo de George W. Bush, Dick Cheney, Colin Powell, Donald Rumsfeld y Condoleezza Rice (y otros miembros del gabinete) sería, en buena medida, el de una intervención prudente y, con frecuencia, reactiva. Cabe esperar que reformulen la mezcla tradicional de apelaciones a los valores del mundo libre y a los intereses geoestratégicos del país. Que dejen claro que todo ello requiere, en principio, la difusión de las instituciones del estado de derecho, la democracia liberal y la economía de mercado, lo cual implica pensar no sólo en clave de países sino de grandes regiones del mundo, de regímenes internacionales y de identificación de riesgos a escala planetaria. Que sigan oscilando entre el unilateralismo y el multilateralismo en su acción internacional, pero con cierta preferencia por el primero. Que quizá combinen un mayor realismo en la gestión de las dificultades económicas (así como políticas y demográficas) de países como Rusia con un aumento de los gastos de defensa, y con un mayor cuidado en la aplicación de la acción diplomática (superando lo que algunos consideran el estado de relativa desmoralización de una parte del personal del servicio exterior, y quizá reduciendo los excesos de la lluvia de sanciones unilaterales de la última década).

Reforzarán la pauta establecida de apoyo a los procesos de liberalización del mercado mundial, sin dejar por ello de jugar ocasionalmente con instrumentos proteccionistas cuando convenga, o cuando haya un interés local importante por medio. Pero en lo fundamental su política comercial será amistosa con los intereses a largo plazo de las grandes multinacionales, y se hará al compás de sus estrategias, con el aditamento de algunas medidas orientadas a la difusión de reglas de juego que requieran conductas algo más transparentes de los agentes económicos, y de medidas medioambientales más bien a remolque de los acontecimientos. Es probable que

tiendan a resistir las presiones de quienes están convencidos del calentamiento acelerado del planeta por el "efecto invernadero", es decir, como consecuencia de la combinación del aumento de las emisiones de dióxido de carbono y la deforestación, aunque aquellas presiones serán, sin duda, cada vez más intensas.

El nuevo gobierno intentará conseguir una ampliación de su autoridad para negociar tratados de libre comercio con Latinoamérica, y se enfrentará sobre la base de un análisis pragmático y *ad hoc* con las crisis económicas regionales que le vayan correspondiendo. Iremos viendo qué posición toma en la controversia acerca de los criterios generales de actuación del Fondo Monetario Internacional (FMI) y de la secretaría del Tesoro a la hora de administrar esas crisis. Hasta ahora, las operaciones de salvamento de los países en crisis han tenido efectos negativos sobre sus clases medias y trabajadoras, y han enviado unas señales equívocas, por no decir equivocadas, a los inversores internacionales (para ser descuidados en sus préstamos) y a los gobiernos (para demorarse en las reformas de turno). Quién sabe, quizá incluso apliquen su filosofía de "conservadurismo compasivo" ("compasión a cambio de responsabilidad") a la cuestión de la deuda de los países en vías de desarrollo (lo que podría reforzar la estrategia del Banco Mundial y del FMI de presentar una "cara humana" en sus tratos con esos países).

Es muy probable que mantengan sus compromisos en Europa, siempre con su tradicional tira y afloja con la Unión Europea en torno a la relación entre la OTAN y la fuerza europea de intervención. Seguirán implicados en Bosnia y en Kosovo, a regañadientes y sabiendo que se trata de problemas irresueltos, que permiten a duras penas un *modus vivendi* aparente, y de apaños que han sido el resultado de intervenciones a destiempo.

Seguirán implicados en el problema de la relación entre israelíes y palestinos. O bien haciendo que hacen, en ejercicios de relaciones públicas. O bien tratando de contener, al menos, las dimensiones del conflicto. Pero, en cualquier caso, obstinados en una huida hacia adelante (que es ya tradicional), y negándose a reconocer que el balance de cincuenta años de política en ese terreno es el de un abismo de desconfianza, odio y temor recíproco entre dos sociedades de las que se dice, en un alarde de "realismo", que están "condenadas a entenderse", como si la expresión misma no contuviera una contradicción insoluble entre sus dos términos. En todo caso, es difícil que los Estados Unidos, con su tendencia a operar con un escenario temporal de años, meses, semanas o incluso días, vean el modo de acompañar su estrategia de "solución de problemas" con las de unos agentes históricos, como los israelíes y los árabes, cuyos relojes cuentan los tiempos por siglos y disponen, al parecer, de unos depósitos de dimensiones infinitas para almacenar sus agravios. Todo esto, a su vez, traerá como consecuencia una lectura frecuentemente simplista y distorsionada por parte de los estadounidenses de los procesos de cambio en los países islámicos.

Es posible que los Estados Unidos dejen que los acontecimientos continúen por la pendiente que lleva a Colombia a una guerra civil con repercusiones en sus territorios limítrofes. Cautelosos, mantendrán su presencia dentro de ciertos límites. No afrontará claramente el hecho (desagradable de reconocer) de que, siendo el narcotráfico uno de los factores esenciales que han llevado a esa situación, es la

demanda de drogas de su sociedad (aunque no sólo ella) en condiciones de ilegalidad lo que ha dado el impulso decisivo al crecimiento del narcotráfico.

Y así podríamos seguir, pero ¿para qué? Se trata de un ejercicio hipotético que puede ser refutado por la primera crisis que se produzca. Con él sólo trato de sugerir que, puestos a anticipar, cabe decir poco más que esto. Las líneas maestras de la política exterior están dadas por una trayectoria de varias décadas, cualificada decisivamente por la "gran estrategia" de contención militar y enfrentamiento ideológico de los ochenta que precipitó el colapso de la Unión Soviética y, con ello, un nuevo escenario mundial. No son de esperar grandes cambios estratégicos, y de lo que se trata es de comprobar si el equipo que asume y continúa, en lo fundamental, esa trayectoria, sabrá combinar visión y prudencia, y será más o menos realista y capaz en la gestión de los problemas prácticos. Ello sólo se podrá ver, por definición, conforme se sucedan los acontecimientos.

Por el momento, la única iniciativa novedosa es la de la defensa antibalística preconizada por el nuevo secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, y cuyas premisas fueron ya aceptadas a medias y de manera tentativa por la administración Clinton. Se trata de un reajuste ante una situación percibida como potencialmente cada vez más peligrosa, como consecuencia del carácter relativamente incontrolable del nuevo orden o desorden mundial emergente. Si el acceso a la tecnología de destrucción masiva (armas nucleares, químicas y biológicas) se generaliza, y si los agentes agresores se dispersan y son más difíciles de identificar (terroristas y narcotraficantes, quizá en colusión con estados llamados "estados delincuentes"), la conclusión es que hay que defenderse preventivamente *urbi et orbi*, al menos en tanto no hagan su efecto otras estrategias complementarias más blandas, basadas en la mejora de los servicios de inteligencia, la actuación de instituciones jurídicas internacionales y la difusión de los sentimientos morales pacíficos y humanitarios.

Aunque esta iniciativa puede tener consecuencias extraordinarias a largo plazo en la redefinición del escenario geopolítico mundial, sus efectos a medio plazo se harán sentir más lentamente.

5. La política interior

¿Habría sido muy diferente lo que hubiera podido esperarse de una administración Gore en lo que se refiere a las líneas maestras de la política exterior? Cabe dudarlo. ¿Habría reaccionado de modo muy distinto a las contingencias específicas que hubieran podido presentarse en el futuro? Nunca lo sabremos.

Para muchos, por otra parte, las disparidades, apenas visibles en política exterior, se acentuarían en la política interna. Y sin embargo, aunque una lectura a distancia y desapasionada de las declaraciones de Bush -sus primeras iniciativas y sus nombramientos- sugieren cambios, existe la incertidumbre de que, a la hora de la verdad, estemos ante un contraste demasiado dramático.

Si lo ocurrido en Tejas (donde Bush ha sido gobernador durante seis años) puede servir de precedente, es de esperar que el nuevo presidente centre su atención en tres o cuatro asuntos, aparte de reaccionar a los problemas que otros puedan plantearle. Entre estos últimos se pueden anticipar las presiones del senador por Arizona John McCain y otros por introducir reformas en la legislación sobre la financiación electoral (para regular y limitar la influencia del llamado *soft money* (o dinero blando), que, en la última campaña, representó un ingreso de 243 millones de dólares para los demócratas y 244 millones para los republicanos), o el desconcierto político que pueda derivarse de que se descubra, meses más tarde, que Al Gore fue el vencedor de las elecciones en el estado de Florida.

En la agenda de Bush, aparentemente, los temas prioritarios son los de la reducción de impuestos y la educación. El primero se ha ido convirtiendo en una cuestión menos controvertido de lo que parecía durante la campaña electoral. Se dibuja un consenso en torno a una lectura optimista de la situación (una vez descontado el impacto producido por la desaceleración brutal del consumo de las familias a fines del 2000), según la cual la mejora del potencial de la economía a largo plazo y la proyección de un superávit de (presuntamente) unos 3 billones de dólares en la próxima década permitirían combinar la reducción de la deuda con una importante bajada de impuestos, cuyo montante queda por discutir (Bush propone que sea de 1,6 billones).

En cuanto a educación, la propuesta de Bush por aumentar sustancialmente el gasto federal en la materia a cambio de introducir standards de calidad, tests y mecanismos de responsabilidad apenas suscita oposición, porque el país está convencido de la necesidad de mejorar la calidad de las enseñanzas primaria y secundaria (y quizá, también, porque sobrevalora el efecto de los tests, o no ve alternativa a ellos). Lo que se discute es la propuesta (complementaria) de que los padres de alumnos que asisten a aquellas escuelas que no superan (repetidamente) los tests de calidad puedan recibir dinero federal que les ayude a dejar esas escuelas, y a matricularse en escuelas privadas o religiosas. Esta iniciativa (una versión restringida de las propuestas de introducción de *vouchers*, que, en versiones más radicales, acaban de ser rechazadas en sendos referendums en California y en Colorado) cuenta con el apoyo mayoritario de los afroamericanos, pero encuentra la resistencia de los sindicatos de profesores de la enseñanza pública, y puede plantear problemas desde el punto de vista de la separación constitucional entre el estado y la iglesia.

Del nuevo secretario de Sanidad y Servicios Humanos, Tommy Thompson, ex-gobernador Wisconsin, se pueden esperar variantes en la línea de la reforma del sistema de bienestar de 1996, que fue el resultado de una iniciativa republicana secundada por Bill Clinton, y de la que, al parecer, se enorgullecen la mayor parte de los líderes de los dos partidos, quienes comparten su filosofía subyacente de impulsar el paso de las gentes del sistema de bienestar al empleo remunerado. Es posible que esta continuación refleje una mayor sensibilidad a los problemas específicos de los diversos colectivos englobados dentro de la población dependiente del sistema de bienestar, y, en especial, al problema de conciliar el trabajo y el

cuidado de la familia (en torno a los cuales cabe imaginar una curiosa convergencia de las preocupaciones de una parte del movimiento feminista y de los llamados conservadores compasivos). La nueva administración intentará que las organizaciones religiosas desempeñen un papel más activo en la provisión de servicios sociales financiados con dinero del gobierno federal (lo que, de nuevo, podría chocar con la lectura tradicional de la norma constitucional de separación del estado y la iglesia). No parece probable, por otra parte, que se avance mucho en la reducción sustancial del número de los estadounidenses sin seguro médico, que en estos momentos oscila en torno al 15% de la población (y al 24% de quienes tienen ingresos anuales inferiores a los 25.000 dólares) a pesar de que la tasa de paro se sitúa en un 4%.

Los nombramientos más controvertidos han sido los de John Ashcroft como fiscal general del estado, y de Gale Norton como secretaria de Interior. Algunos demócratas interpretaron inicialmente estos nombramientos como desafíos, y como rupturas del entendimiento tácito según el cual los demócratas no pondrían en cuestión la legitimidad de la elección de Bush, y a cambio él se abstendría de nombrar a conservadores relativamente beligerantes en puestos claves. Pero, de hecho, la confirmación de Norton ha pasado el trámite rápidamente, y la de Ashcroft ha salido adelante pese a la oposición demócrata. Los asuntos de fondo en el área de sus competencias van a ser objeto de un forcejeo complejo que se va a desarrollar a diversos niveles y en diferentes escenarios por un largo tiempo (como ocurrirá con el problema mayor de las oscilaciones de una política energética más respetuosa o más agresiva con relación al medio ambiente), y del que algunas cuestiones espinosas tenderán a quedar al margen.

Bush podrá hacer declaraciones sentidas sobre el derecho a la vida del embrión o el feto en el vientre materno, y podrá proscribir el uso del dinero de los contribuyentes americanos para financiar actividades pro-abortistas en otros países; pero parece poco probable que se enrede en una batalla política para revisar la doctrina del Tribunal Supremo en el caso *Roe versus Wade* y modificar así el *statu quo*, que establece el derecho de las mujeres a abortar (modificación que, por lo demás, sólo desplazaría el campo de batalla a las cámaras legislativas de los diversos estados de la Unión). Es una batalla en la opinión pública en la que los extremos (*pro-life* y *pro-choice*) están relativamente equilibrados, con un centro indeciso en el fondo pero, por ahora, inclinado a favor de una actitud de tolerancia y de dejar la decisión de abortar, dentro de ciertos límites, a la conciencia personal. En cuanto a los nombramientos de jueces con los que Bush pretenda cubrir las vacantes en el Tribunal Supremo, éstos necesitan la aprobación de un Senado en una situación de equilibrio inestable e inquieto, a dos años de unas elecciones para su renovación parcial, en la que cualquier intento de forzar las cosas puede resultar contraproducente.

Probablemente Bush mantenga la tendencia, notablemente reforzada por Clinton, de aumentar el número de policías en las calles y de reclusos en las cárceles. Es una política de solución de problemas a corto plazo que los votantes suelen agradecer. Con ello, el país evita enfrentarse a la cuestión de fondo de las conexiones entre, por un lado, la criminalidad, y, por otro, la difusión de armas de fuego, el consumo masivo de drogas, la discriminación racial y la persistencia de situaciones de pobreza

y exclusión social. Se trata de un asunto irresuelto y hoy por hoy irresoluble (dados los términos en los que suele plantearse), apenas aliviado por una filantropía de proporciones considerables pero insuficiente (el país tiene cerca de dos millones de personas en prisión, y algo más de otros cuatro millones en situaciones de libertad vigilada o condicional).

Con todo esto sólo quiero señalar lo obvio: que, de entrada, lo lógico sería esperar un liderazgo relativamente "centrista" tanto en la política exterior como en la política interna; es decir, ajustado al campo de visión, con sus zonas de luz y las cegueras propias, de una amplia mayoría de la población a caballo entre los dos grandes partidos.

Bush podrá estar más o menos inspirado en sus declaraciones de carácter general, mostrar una personalidad de mayor o menor calado, y ser un gestor más o menos capaz. Todo esto ya se irá viendo. Pero su entrada en escena es la de quien pretende presentarse como una figura política moderada y predecible: un hombre decente y sensato, que sigue el consejo de personas prudentes.

6. Mirando atrás: la puesta en cuestión del resultado

Si las cosas son así, ¿cómo conciliar entonces el anticlímax de una inauguración ceremoniosa, esta aparente moderación política y estos primeros pasos tan atentos con "el furor y el ruido" de los últimos meses?

La respuesta no es simple. Todo depende de cómo se entienda lo ocurrido con el proceso de puesta en cuestión de los resultados electorales de la votación en el estado de Florida. A mi juicio, las turbulencias de ese proceso tuvieron que ver no con el contraste entre los contenidos políticos de las posibles presidencias de Bush y Gore, sino con otros factores. Lo que pusieron de manifiesto no fue la intensidad de la división del electorado en lo relativo a las políticas públicas, sino, sobre todo, determinados aspectos del carácter del país y del funcionamiento de sus instituciones.

Durante el proceso, muchos estadounidenses experimentaron zozobra y desasosiego, pero otros, haciendo quizá de la necesidad virtud, trataron de convencerse de que seguían estando en el mejor de los mundos. Según ellos, su sistema democrático es, casi por definición, desordenado y confuso pero al final triunfa, y la exhibición de las pasiones partidistas implica o despierta el espíritu cívico. Estas observaciones indican un optimismo excesivo e ilógico. Suponen que las instituciones funcionan solas y no a través de individuos, que las pueden distorsionar; y que los seres humanos, cuanto más se ciegan (por su pasión o su interés) más ven, o cuanto más falibles son más perfectos.

Lo cierto es que el espectáculo de lo ocurrido en torno a la votación en Florida fue (dejando aparte el fiasco inicial de los medios de comunicación), en buena medida (pero no del todo), el de un exceso de partidismo y una presencia muy débil de autoridades imparciales, lo que dio lugar a la generalización de la sospecha de que,

para muchos, las reglas están para ser utilizadas torticeramente cuando la ocasión se presenta.

El intento de Katherine Harris, secretaria de Estado de Florida, de confirmar el triunfo de Bush dentro del plazo prescrito por la legislatura del estado, podía interpretarse como resultado de una lectura estricta de sus deberes, pero sugirió un exceso de apresuramiento y ligereza en un asunto demasiado serio, que requería examen. El aspecto chapucero y arcaico del modo de manejar el procedimiento electoral, empezando por el diseño de los boletines de voto y siguiendo por las instrucciones para contar y certificar los votos, produjo una sensación de cierto bochorno, apenas compensado por la circunstancia de que ello no fuera exclusivo de ese estado en particular, sino, probablemente, atributo común de los procedimientos en otros muchos lugares del país. El vaivén entre las actuaciones de una legislatura con mayoría republicana y el Tribunal Supremo de Florida con aparente mayoría demócrata, todas ellas coherentes (hasta cierto punto) con una lectura partidista de la situación, resultó inquietante. Tanto más cuanto que esas actuaciones se llevaron a cabo contra un telón de fondo dominado por las alegaciones y las contra-alegaciones de los abogados de las partes, y los comentarios intensamente partidistas de una mayoría de los medios de comunicación, por no hablar de los arrebatos de pasión de las maquinarias locales de los partidos.

La decisión del Tribunal Supremo del 13 de diciembre zanjó la cuestión, pero no resolvió la inquietud de fondo. Aunque siete (de un total de nueve) jueces reconocieron que el recuento de la votación en determinados condados (como pretendía Gore, y preconizaba el Tribunal Supremo de Florida) planteaba problemas equidad, y cuestionaba el principio de igualdad ante la ley (o de protección igual por parte de la ley) garantizado por la enmienda catorce de la Constitución, sólo cinco de ellos (conservadores o afines ideológicamente a las posiciones de Bush) consideraron que no había remedio posible a la situación porque se había terminado el plazo para ello, frente a dos que pensaron que todavía se podía intentar un recuento en todo el estado, y otros dos que negaron, por así decirlo, la premisa mayor, y consideraron que el recuento en los condados en cuestión debía seguir hasta el final.

El resultado ha sido una decisión dudosa, que se acata pero no se comparte más que a medias. La legitimidad de la elección final no ha sido puesta en duda por la disparidad entre el voto del colegio electoral (que ha dado la presidencia a Bush, gracias a los compromisarios del estado de Florida) y el voto popular, puesto que, a pesar de las protestas de algunos, el país entiende que ese procedimiento corresponde al diseño federal de su sistema político tal como ha sido interpretado tradicionalmente. Pero esa legitimidad de la elección final queda así reposando sobre la autoridad del tribunal Supremo para interpretar el procedimiento y decidir, en última instancia, el momento temporal en el que éste debe terminarse. Es una base de legitimidad cierta pero estrecha, que deberá completarse con la legitimidad de ejercicio que viene de una actuación presidencial capaz de concitar apoyos relativamente amplios de la población. Por ahora, aunque la mayoría del país considera legítima la victoria electoral de Bush, según sondeos recientes sólo uno de cada cinco demócratas comparte esa opinión. (Por lo demás, dado que las leyes de Florida permiten el

examen de las papeletas de voto por parte del público, y que ese examen está ya en curso, es posible que al cabo de unos meses quede de manifiesto que, de haberse realizado el recuento en toda Florida a su debido tiempo, Al Gore habría obtenido la mayoría de los votos, aunque también es posible lo contrario.)

El episodio ha dejado un sabor de boca un poco amargo, porque sugiere dos rasgos de carácter de la sociedad, que pueden confundirse. Por un lado, hay en el país una pugnacidad notable, propia de gentes celosas de sus derechos y atentas a sus intereses, poco deferentes con la autoridad, dispuestas a acudir a los tribunales, a negociar con dureza, a luchar hasta el final. Por otro, y como si de ese rasgo se pasara a otro por una línea invisible, en determinadas situaciones límite se pone de manifiesto una proclividad al *exceso* en la satisfacción de los intereses y la consecución de los objetivos, incluso a costa del respeto de *the rule of law*, o el imperio de la ley. Cuando esto ocurre, se invocan solemnemente las reglas si son favorables, y se las somete a un proceso de "interpretación creativa" cuando no lo son.

Y es esta sensación de haber pasado esa línea invisible, de "haberse pasado de la raya", y estar muchos a punto de hacer trampas para conseguir sus objetivos y derrotar a sus adversarios, la que puede explicar las "exuberancias irracionales" del proceso de puesta en cuestión de la votación en Florida. Es sabido que cuando alguien quiere hacer alguna barrabasada injustificable busca la cobertura y la coartada de expresar su indignación moral contra quien va a ser objeto de su abuso. Se enardece pensando lo que le quieren hacer los demás, los agravios de que está a punto de ser objeto, los derechos irrenunciables y los intereses sagrados en peligro por la malevolencia ajena. Y así, se ataca.

Mi hipótesis es que el exceso partidista de la discusión en este caso respondió en parte al hábito de pugnacidad que es un rasgo de carácter de las gentes del país, y en parte a una sobreactuación y una sobredramatización de la situación por parte de quienes, en el fondo, sabían que las diferencias políticas de contenido no eran tan extraordinarias, pero intuían que convenía calentar el ambiente para que, en medio de la confusión, sus excesos pasaran desapercibidos o pudieran justificarse.

7. Las elecciones

Dando una nueva vuelta atrás al proyector de la película, podemos fijarnos ahora en el resultado general de las elecciones del 6 de noviembre (dejando aparte lo ocurrido en Florida). El resultado fue un empate virtual no sólo en las elecciones presidenciales (Gore obtuvo en torno al 49% del voto popular, y Bush, al 48%), sino en las composición final tanto del Senado como (en menor medida, porque aquí los republicanos mantuvieron una pequeña pero significativa diferencia) de la Cámara de Representantes.

Se aduce que este resultado puso de manifiesto un país "profundamente dividido", pero quizá el hecho de que estuviera dividido por mitades pueda confundir al espectador acerca de la *profundidad* de la división.

Por lo pronto, llama la atención el hecho de que entre los dos candidatos reunieran la casi totalidad de los votos, relegando a una posición marginal a Ralph Nader, es decir, al único candidato que, a escala nacional, intentó formular una alternativa política *profundamente diferente* de la de aquéllos. Quizá este fracaso estimule a Nader a volver a situarse en el terreno que es más afín con su agenda reformista, que es el de la sociedad civil (en el sentido restringido y coloquial del término). Ello se corresponde con el núcleo de su mensaje, que es el de construir un "movimiento cívico", redefinir la implicación de los ciudadanos en la cosa pública y, de este modo, promover un proceso de reformas continuas manteniéndose a cierta distancia de ambos partidos. En cambio, el intento de empujar al partido demócrata hacia la izquierda, deshaciendo la estrategia centrista de Clinton que dio a las demócratas al menos ocho años en la Casa Blanca, parece carecer de porvenir.

El caso es que, de hecho, las diferencias en el voto entre Bush y Gore por razón de las disparidades en ingresos, educación y edad no fueron muy considerables. Hubo sí una diferencia interesante entre la inclinación de los hombres por Bush y de las mujeres por Gore, lo que sugiere curiosas tensiones y conversaciones domésticas pero no el divorcio entre los géneros (tanto más cuanto que la diferencia fue mínima entre hombres casados y mujeres casadas). Sobre todo si se tiene en cuenta que las variaciones de opinión que acompañaron a la tendencia de voto parecen pequeñas en lo relacionado con los asuntos básicos de la economía, la política exterior o las políticas de "ley y orden".

Las diferencias pudieron tener que ver con matices de opinión en temas de política social, si bien aquí las diferencias resultaron ser relativamente borrosas, debido a la confluencia de republicanos y demócratas en torno al mantenimiento, en lo fundamental, de la reforma del sistema de bienestar de 1996. En cambio es probable que las diferencias de opinión hayan sido más significativas sobre política familiar y moral (en especial lo relativo al aborto), sin que lleguen a justificar una lectura del país como *escindido* entre dos culturas contradictorias. En realidad las variaciones culturales existen, pero sus tensiones son amortiguadas por múltiples factores, y *last but not least* por una tradición de tolerancia recíproca.

Ciertamente hubo diferencias por estados, y la regla de la representación mayoritaria, y no proporcional, exageró el contraste entre la apuesta de las costas Este y Oeste, y de los estados industriales, por Gore, y la del centro y el oeste (hasta las montañas Rocosas) por Bush. Pero las distancias en el número de los votos fueron pequeñas en la mayor parte de los estados (aunque no así en Texas o en Nueva York, por ejemplo). Tampoco fueron extremas en cuanto a la minoría hispánica. La excepción fue el voto judío (quizá motivado adicionalmente por la presencia de Joe Lieberman junto a Gore), y, sobre todo, el de los afroamericanos.

Este último caso ha sido el de una cuasi unanimidad del voto a favor de Gore, lo cual es a primera vista sorprendente, pero puede responder al hecho de que la combinación de la prosperidad económica, y consiguiente mejora sustancial del nivel de ocupación de la población afroamericana, y de los gestos de inclusión de la administración de Clinton han calado en ese segmento de la sociedad. Ello ha sucedido a pesar de otros factores, como son el notable crecimiento de la población

reclusa, que es un caso extremo de exclusión social (y afecta especialmente a los afroamericanos), o la expansión de una clase media negra de carácter moderado, cada vez más integrada en el sistema, o el apoyo puntual a determinadas propuestas de Bush (como, por ejemplo, el de una amplia mayoría a sus propuestas de vales escolares: el 60% de los afroamericanos, según una encuesta de 1999, y el 72 por ciento entre aquellos con ingresos anuales inferiores a los 15.000 dólares).

8. La campaña electoral

La afirmación de que, en general, la división del país en dos mitades no debe interpretarse como una división *profunda* parece corroborada por el análisis del carácter y el contenido de la campaña electoral.

Recordemos que hay dos maneras de entender la experiencia de una sociedad como la norteamericana a la hora de seguir los debates políticos. Para algunos, esta sociedad apenas se interesa en ellos, y tiene una opinión superficial e inestable sobre los asuntos públicos, siendo impresionable o fácilmente manipulable; e incluso se llega a sugerir que sus opiniones expresadas en las encuestas de opinión del momento, son pseudo-opiniones, maneras de autoafirmarse fingiendo tener una opinión cuando lo que se tiene es un estereotipo a flor de piel. Para otros, entre los que me incluyo, conviene situar la atención, fragmentaria y selectiva del país a los debates políticos (e incluso sus vacilaciones a la hora de articular o expresar sus opiniones sobre diversas políticas públicas) en el marco de una experiencia más amplia. Se trata de la experiencia general de una sociedad que aplica considerables dosis de sentido común y de realismo a sus asuntos prácticos; está moderadamente involucrada en el control de los asuntos comunes de su localidad, su condado y su estado, y habituada a participar en numerosas elecciones políticas; tiene un grado de participación relativamente alto en asociaciones de la índole más diversa, y un nivel de educación entre medio y alto; y está bastante acostumbrada a discutir y a defender sus propios puntos de vista. Para quienes adoptan esta perspectiva, el público habría dispuesto de los recursos de información y de criterio suficientes como para hacerse una opinión razonable (y discutible) acerca de la opción política que tenía delante.

Esto supuesto, hay que señalar que la campaña fue muy larga y, dentro de lo que cabe, bastante sustantiva. La parte del país interesada en la materia, digamos, en principio, los dos tercios del electorado que hicieron el esfuerzo de registrarse como votantes (de los cuales, a la hora de la verdad, votaron a su vez dos tercios), tuvo tiempo y ocasión más que suficientes para hacerse una idea contrastada del carácter y las posiciones de los candidatos, sobre todo a partir del *Labor Day*, a primeros de septiembre, cuando la campaña entró en su recta final. La exposición de los candidatos a un sinnúmero de audiencias y de preguntas fue incesante. Hubo tres debates largos y bastante exhaustivos entre los candidatos a presidente, y otro, muy instructivo, entre los candidatos a vicepresidente.

Lo curioso de la campaña fue que, al parecer, las opiniones sobre ambos candidatos oscilaron de forma que la moderada predilección por el *carácter* de Bush

se veía compensada por una moderada inclinación a preferir las *posiciones* de Gore. Y en esa oscilación se mantuvieron público y candidatos, para desesperación de los expertos que esperaban poder establecer una *tendencia*. En lugar de una historia lineal, con un *crescendo* y un *finale* nítido, se encontraron con un ballet dieciochesco lleno de arabescos, y terminando con que la protagonista, en este caso la nación soberana, indecisa, parecía ofrecer su mano a los dos pretendientes.

Pero cabe sospechar que si la duda se mantuvo hasta el final y se refirió, por un lado, al carácter y, por otro, a las posiciones fue porque, ni en lo relativo a lo uno ni a lo otro, las diferencias fueron percibidas por la sociedad como demasiado grandes.

Sobre las posiciones políticas hubo alguna confusión entre los seguidores de Gore porque éste, en su intento de distanciarse un poco de Clinton y de contrarrestar la amenaza de Nader, pareció moverse del centro al centro-izquierda. Con ello no capitalizó, quizá, los beneficios políticos derivados de la prosperidad de los años noventa, y contradujo, en parte, su propia trayectoria. Su flirteo con la retórica "anti-gran-capital" pareció oportunista, y de hecho no podía encajar con las actitudes de la sociedad americana, y menos aún en una época de gran expansión económica. Esa retórica no encontró una caja de resonancia en un cuerpo electoral en el que un 70% de los votantes tenía acciones en bolsa y un 53% vivía en familias con unos ingresos anuales superiores a los 50.000 dólares. Probablemente, con ella, Gore sólo consiguió hacer más plausible el razonamiento republicano que atribuía a la administración Clinton (de la que Gore había sido una pieza importante) una parte modesta en el éxito de la economía durante todos estos años.

Dado el consenso básico en política exterior, la discusión aquí tenía por fuerza que ser poco concluyente, y el segundo debate entre Gore y Bush mostró a este último más capaz de lo que se esperaba para articular un razonamiento a primera vista coherente, sensato e incluso matizado en este terreno. En política social, el *leit motiv* del "conservadurismo compasivo" permitió a Bush superar parte de las críticas que se le dirigieron, tanto más cuanto que su *record* de política educativa en Tejas sin ser brillante parecía presentable, y que las posiciones de ambos candidatos confluían en mantener lo fundamental de las reformas del sistema de bienestar de 1996. En cuanto a las preocupaciones de un sector del voto moderado (por no hablar de los llamados "liberales" en el discurso político americano) por los nombramientos de Bush de jueces conservadores al Tribunal Supremo, o un intento por su parte de poner en cuestión la constitucionalidad del derecho al aborto, quedaron parcialmente amortiguadas por la discreción y la moderación del tono de Bush al respecto.

Quiere esto decir que la campaña misma suavizó las diferencias de opinión entre los candidatos de tal manera que hizo posible que el tema del carácter adquiriera una importancia singular. La razón de que esto favoreciera precisamente a Bush no es obvia. Ambos candidatos tenían una presencia relativamente elusiva o borrosa, a pesar de sus esfuerzos por parecer próximos. Bush había sido un hombre sin rumbo durante muchos años, con unos "años nómadas" de los que se supo siempre poco. De él se decía que, como todos los Bush, era poco inclinado a la introspección, pero tampoco se esforzó mucho por explicarse elocuentemente. Gore parecía pecar por el otro extremo. Su articulación explícita de sus posiciones políticas producía la

impresión de un exceso de detalle, que podía ocultar un vacío o un oportunismo estratégico.

Es probable que en este contraste entre un candidato "infra-articulado" y otro "sobre-articulado", el peso de la balanza se inclinara por el primero. En primer lugar porque, quizá, la incomodidad del público con el carácter de Gore era más intensa que la que experimentaba ante el de Bush, por la simple razón de que esa desazón se refería a una experiencia mucho más amplia. En 2000, Bush era un recién llegado a la escena de la política nacional, mientras que Gore había sido vicepresidente durante ocho años, y un destacado senador durante mucho más tiempo. En segundo lugar, porque sobre Gore recayó la carga de su contigüidad con la figura, también elusiva pero de otra manera, de Clinton.

Los historiadores del futuro debatirán *ad nauseam* si la estrategia electoral de Gore de distanciarse de Clinton fue razonable o contraproducente. Pero cabe argüir que en la medida en la que el tema del carácter fue o llegó a ser importante, el carácter de Clinton no era un factor favorable sino desfavorable.

Hay que reconocer que en este punto las perspectivas de los estadounidenses y de muchos europeos tienden a diferir. Éstos menosprecian la importancia moral y simbólica del *impeachment* del presidente Clinton, en parte porque no entienden la importancia de la aplicación de la ley a las autoridades supremas de sus propias naciones, quizá porque están malacostumbrados por siglos de deferencia hacia el poder. Pero el caso de los Estados Unidos es distinto. Aunque muchos americanos entienden que hubo trampas de procedimiento, excesos de hipocresía, falta de respeto a la esfera privada de las personas y ausencia de proporción en las actuaciones de muchos de los adversarios del presidente Clinton, sin embargo, la falsedad de su declaración bajo juramento (confirmada a última hora por él mismo, a punto de dejar la presidencia) nunca ha podido ser perdonada ni aceptada por la mayoría del país. Se le puede estimar como *manager* de los asuntos públicos, admirar como animal político y tener simpatía como persona; pero queda como una nube negra colgando sobre su carácter como presidente del país.

9. Símbolo y realidad del resultado

Las elecciones presidenciales americanas del 2000 han colocado a George W. Bush en una posición clave para influir en el rumbo de su país, pero sólo hasta cierto punto. La complejidad del sistema político condiciona sus movimientos. Pero el sistema político no es más que un componente del conjunto. La economía, la sociedad y la cultura tienen, cada una, su propia lógica de desarrollo y responden a sus propias tensiones internas, a las que la política tendrá, en buena medida, que acomodarse.

Quiere ello decir que las decisiones políticas más importantes pueden, fácilmente, ser adoptadas fuera del campo de actuación del presidente, o desempeñando éste un papel secundario, sobre todo en la política interna. Lo más probable es que los impulsos decisivos a la solución (provisional, como siempre) de los problemas

relativos a la educación, el medio ambiente, el sistema de bienestar, la sanidad o el aborto, por poner sólo unos ejemplos, vengan, si vienen, de los estados, los tribunales, las empresas, las organizaciones de la sociedad civil o los movimientos sociales, las iglesias, etc., con la ayuda o contra la resistencia del gobierno federal.

Probablemente, algo similar sucederá con el tono y la naturaleza del debate público en lo que se refiere a otros grandes asuntos de la política interior (la identidad étnica o de género, la familia, la relación entre el estado y la iglesia, o la filosofía interpretativa de la constitución) y de las relaciones exteriores. El presidente puede tener alguna influencia en ese debate, pero, de nuevo, los argumentos y los sentimientos morales decisivos serán los que vengan "desde abajo", y de las experiencias básicas y cotidianas de la comunidad.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que los impulsos desde abajo serán complejos y confusos, porque la sociedad se encuentra en una situación dudosa y desconcertada, y esas dudas se han reflejado, de alguna forma, en las oscilaciones electorales y políticas de estos últimos meses.

El país está en un momento histórico de intensa acentuación de su diversidad interna. Es muy posible que esto le incline a reforzar sus tradiciones, como un modo de prevenir una torre de Babel, o la generalización de la experiencia de una "conciencia infeliz" (como la del sobrino de Rameau en la interpretación de Hegel), es decir, la experiencia "postmodernista" de quienes quieren ser todo al mismo tiempo y afirmar todas sus posibilidades "abstractas" sin acabar de realizarlas, sin someterse a la disciplina de la realidad y de las instituciones.

Quizá la elección de Bush, en parte, pueda interpretarse como indicativa o simbólica de una búsqueda de seguridad en torno a estilos de prudencia, moderación y pragmatismo, y en torno a un discurso de vuelta a las raíces culturales del individualismo responsable e interdependiente, la comunidad y el asociacionismo local, la religión y la familia (en unas formas u otras), el inglés como vehículo de comunicación interna, y una interpretación estricta de la Constitución entendida como un ancla relativamente firme y estable de la convivencia (y no como indefinidamente abierta a una evolución impredecible). Bush sería el hombre corriente que tuvo su momento "de años nómadas" (como todo individuo corriente los ha tenido o los ha deseado tener), para retornar como hijo pródigo, volverse sensato y hacerse responsable de las cosas.

10. Límites y potencialidades de EEUU

Ahora bien, un símbolo no es la realidad misma, y no basta con atenerse a la tradición o volver a ella (si de esto se trata) para resolver los problemas del momento. Hay que entenderlos y enfrentarse con ellos en un presente continuo. Y conviene recordar que lo que hemos podido observar en estas elecciones sugiere algunos de los límites del entendimiento que los Estados Unidos tienen del mundo, y de sí mismos.

Esos límites son muy importantes. A algunos de ellos ya me he referido en las primeras secciones de este ensayo, al esbozar las líneas maestras de la política exterior e interior que, a primera vista, pueden esperarse de la nueva administración republicana. Pero querría señalar que esos límites no son, meramente, los de una clase política, sino que se corresponden, hasta cierto punto, con los del conjunto más significativo del cuerpo social. Son los límites del debate en el espacio público y los del consenso entre los dos grandes partidos, pero también los del horizonte de la atención de esa mayoría del país formada por los dos grandes agregados sociales (que se solapan), las clases medias y trabajadoras en su sentido más amplio (lo que se conoce como *middle-classes and working families* en el lenguaje político habitual), que constituyen el equivalente a dos tercios del país (y al que, a veces, se atribuye el término genérico, de "sociedad norteamericana"). Los límites de la visión de este agregado social tienen dos raíces. Una se refiere a su forma de situarse en la estructura global de la sociedad, y otra al carácter de su cultura básica.

En primer lugar, se trata de un agregado social que entiende sólo a medias tanto a la capa más alta de la sociedad como a la más baja. Con la primera tiene una relación ambivalente. La admira y le irrita, recelando de ella y siendo sensible, en ocasiones, a una retórica *anti-big-business* o *anti-corporations*. Sin embargo, entiende, o imagina, que su propia prosperidad depende del funcionamiento de una economía de mercado cuyo dinamismo se apoyaría, presuntamente, en las estrategias agresivas, por no decir predatorias, de ese mismo mundo de las grandes empresas.

Tiene igualmente una análoga actitud de ambigüedad respecto a la capa más baja. Sabe que si se remonta una o dos generaciones atrás, encuentra la dura experiencia de unos inmigrantes que pertenecieron, al menos durante un tiempo, a ese estrato inferior, pero salieron de él con un esfuerzo enorme. Aplica esos standards a la capa actual. Sospecha de su carácter moral. Elude sentirse responsable de ella. Teme caer a su nivel. Y por ello ha aceptado e incluso exigido una política de "ley y orden" de dureza considerable, y se muestra reticente a universalizar la sanidad, o, en general, un sistema de bienestar; aunque, por otra parte, es sensible a la conveniencia de una extensión del sistema educativo y está más que dispuesta a participar en organizaciones voluntarias de acción social.

En segundo lugar, hay en las orientaciones culturales básicas de ese agregado social, y quizá *grosso modo* del conjunto de la sociedad, una tensión interna entre su adhesión ideal a un orden de libertad, encarnado en un marco institucional bastante bien asentado en su experiencia cotidiana, y su implicación en las múltiples actividades, enérgicas, apresuradas y absorbentes de una *societas cupiditatis*, es decir, una sociedad obsesa por sus intereses, ansiosa por satisfacer sus deseos, y resuelta a alcanzar el éxito y el reconocimiento social mediante la consecución de la riqueza, el poder y la posición social a los niveles más altos posibles. Esta forma de sociedad define una experiencia básica de la vida como apresurada, de deseos siempre por satisfacer, objetivos siempre por alcanzar, derechos que defender y decisiones que tomar continuamente.

Naturalmente, esto es un gran incentivo para que una sociedad así tenga cada vez más riqueza, más poder y más fama. Pero no necesariamente para que tenga otras

cosas, como, por ejemplo, más riqueza emocional, más capacidad estética, o siquiera más entendimiento (a no confundir con más "información"); y cabe argüir que estas limitaciones del entendimiento están en la raíz de las cegueras y de las insuficiencias del país y de su clase política. Por otra parte, la misma intensidad puesta en el cumplimiento de los objetivos que cada uno se propone conlleva la posibilidad (sólo la posibilidad) de que, en una sociedad así, se dé una instrumentalización generalizada de las cosas (y los seres humanos) para alcanzarlos, tanto por parte de los individuos como de los grupos. Esto puede suponer, en un momento dado, la instrumentalización de las instituciones de un orden de libertad (como, por ejemplo, las reglas de juego de unas elecciones).

El diagnóstico pone de manifiesto un equilibrio inestable; el pronóstico, un futuro abierto a varias posibilidades. Estamos en un momento histórico en el que las sociedades tienen que aprender unas de otras. Todas las sociedades tienen sus limitaciones propias, y exagerar las de los Estados Unidos podría ser una forma de disimular otras. En nuestro caso, Europa, esas limitaciones son mayores, entre otras cosas porque, al menos, Estados Unidos sabe que es un país, y Europa todavía no sabe lo que es y carece, por ello y por ahora, del entendimiento de su propia identidad. Todavía tenemos que aprender de los Estados Unidos a ser "uno y diverso". Tenemos que aprender de su dinamismo y de su complejidad, con sus aciertos y desaciertos. Sobre todo, tenemos que aprender de su compromiso, profundo y auténtico, con un orden de libertad, e incluso de su falibilidad a la hora de cumplirlo.

ASP Research Papers

Números publicados

- 1(a)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *La posibilidad de la sociedad civil: carácter, retos y tradiciones* (también en *Claves*, 50, 1995)
- 1(b)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *The possibility of civil society: its character, challenges and traditions* (también en John Hall ed., *Civil Society. Theory, History, and Comparison*, Cambridge, Polity Press, 1994)
- 2(a)/1994 **Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez**, *Opciones inerciales: políticas y prácticas de recursos humanos en España (1959-1993)*
- 2(b)/1994 **Víctor Pérez-Díaz and Juan Carlos Rodríguez**, *Inertial choices: Spanish human resources policies and practices (1959-1993)* (también en Richard Locke, Thomas Kochan, Michael Piore, eds., *Employment Relations in a Changing World Economy*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1995)
- 3(a)/1994 **Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez**, *De opciones reticentes a compromisos creíbles: política exterior y liberalización económica y política en España (1953-1986)*
- 3(b)/1994 **Víctor Pérez-Díaz and Juan Carlos Rodríguez**, *From reluctant choices to credible commitments. Foreign policy and economic and political liberalization: Spain 1953-1986* (también en Miles Kahler, ed., *Liberalization and Foreign Policy*, Nueva York, Columbia University Press, 1997)
- 4(a)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *El reto de la esfera pública europea* (también en *Claves*, 44, 1994)
- 4(b)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *The challenge of the European public sphere* (una versión más amplia con el título “The Public Sphere and a European Civil Society”, en Jeffrey Alexander, ed., *Real Civil Societies: Dilemmas of Institutionalization*, Londres, Sage, 1998)
- 4(c)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *Le défi de l'espace publique européen* (también en *Transeuropéennes*, 3, 1994)
- 5(a)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *Transformaciones de una tradición: campesinos y agricultura en Castilla entre mediados del siglo XVI y mediados del siglo XX* (también en A. M. Bernal et al., *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*, Madrid, Alianza, 1994)
- 6(a)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *Aguante y elasticidad: observaciones sobre la capacidad de adaptación de los campesinos castellanos de este final de siglo* (también en *Papeles de Economía Española*, 60/61, 1994)
- 7(a)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *Un desorden de baja intensidad: observaciones sobre la vida española de la última década (y algunas anteriores), y el carácter y la génesis de su sociedad civil* (también en AB Asesores, ed., *Historias de una década: Sistema financiero y economía española 1984-94*, Madrid, AB Asesores, 1994)

- 7(b)/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *A low intensity disorder: observations on Spanish life over the past decade (and some prior ones), and the character and genesis of its civil society* (también en AB Asesores, ed., *Views on a decade: the Spanish economy and financial system 1984-1994*, Madrid, AB Asesores, 1994)
- 8(a)/1995 **Benjamín García Sanz**, *La contaminación ambiental en España: el estado de la cuestión*
- 9(a)/1995 **Josu Mezo**, *Política del agua en España en los años ochenta y noventa: la discusión del Plan Hidrológico Nacional*
- 10(a)/1995 **Víctor Pérez-Díaz**, *La educación en España: reflexiones retrospectivas* (también en Julio Alcaide et al., *Problemas económicos españoles en la década de los 90*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 1995)
- 11(a)/1995 **Víctor Pérez-Díaz**, *El largo plazo y el “lado blando” de las políticas de empleo: aspectos sociales e institucionales del problema del empleo en España a mediados de los años noventa* (también publicado por el “Seminario Empresa y Sociedad Civil”; y en *Cinco Días*, 2/6/1995)
- 12(a)/1995 **Elisa Chuliá**, *La conciencia medioambiental de los españoles en los noventa*
- 13(a)/1996 **Víctor Pérez-Díaz**, *Elogio de la universidad liberal* (también en *Claves*, 63, 1996)
- 14(a)/1996 **Berta Álvarez-Miranda**, *Los incendios forestales en España (1975-1995)*
- 15(a)/1996 **Juan Carlos Rodríguez**, *Gobierno corporativo en la banca española en los años noventa*
- 16(a)/1997 **Juan Carlos Rodríguez**, *Políticas de recursos humanos y relaciones laborales en la banca española de los años noventa*
- 17(a)/1997 **Víctor Pérez-Díaz**, *La política y la sociedad civil españolas ante los retos del siglo XXI* (también en *Claves*, 77, 1997)
- 18(b)/1998 **Víctor Pérez-Díaz**, *The ‘soft side’ of employment policy and the Spanish experience* (también en *West European Politics*, 21, 4, 1998; y en Paul Heywood, ed., *Politics and Policy in Democratic Spain: no Longer Different?*, Londres, Frank Cass, 1999)
- 19(b)/1998 **Víctor Pérez-Díaz**, *State and public sphere in Spain during the Ancien Régime* (también en *Daedalus*, 127, 3, 1998)
- 20(a)/1998 **Juan Carlos Rodríguez y Berta Álvarez-Miranda**, *La opinión pública española y el euro: análisis de grupos de discusión*
- 21(a)/1998 **Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez**, *Los empresarios gallegos: análisis de una encuesta de opinión*
- 22(b)/1998 **Víctor Pérez-Díaz**, *Putting citizens first: the tasks facing Europe, her public sphere and the character of her public authority* (también en francés como “La Cité européenne”, *Critique Internationale*, 1, 1998; y en español, la primera parte, como “La ciudad europea”, *Política Exterior*, XIII, 67, 1999)

- 24(a)/1998 **Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez**, *Jóvenes gallegos: disposiciones y comportamientos ante la educación y el mercado de trabajo*
- 25(a)/1998 **Víctor Pérez-Díaz**, *El comienzo y la autoridad: sociedad civil, ciudadanía y liderazgo político*
- 25(b)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *The 'beginning' and the public authority: civil society, citizenship and political leadership*
- 26(a)/1999 **Josu Mezo**, *Tecnologías de la información, sociedad y economía: perspectivas de cambio en los próximos años*
- 27(a)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *La formación de Europa: nacionalismos civiles e inciviles* (también en *Claves*, 97, 1999)
- 27(b)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *The role of civil and uncivil nationalisms in the making of Europe*
- 28(a)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *Legitimidad y eficacia: tendencias de cambio en el gobierno de las empresas*
- 29(a)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *Orden de libertad, centro político y espacio simbólico: la génesis de la división del espacio político entre la derecha, el centro y la izquierda, y sus usos en la política moderna* (también en *Papeles y Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, VI, 1999)
- 29(b)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *Order of freedom and political center (I): The meaning and the genesis of the division of the political space between the right, the center and the left in modern politics*
- 30(a)/1999 **Víctor Pérez-Díaz y José I. Torreblanca**, *Implicaciones políticas del euro* (también en Gustavo de Arístegui *et al.*, *El euro: sus consecuencias no económicas*, Madrid, Estudios de Política Exterior/Biblioteca Nueva, 1999)
- 30(b)/1999 **Víctor Pérez-Díaz and José I. Torreblanca**, *The first steps of the euro, and its political implications*
- 31(a)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *Sistema de bienestar, familia y una estrategia liberal-comunitaria* (una versión reducida en Santiago Muñoz Machado *et al.*, dirs., *Las estructuras del bienestar en Europa*, Madrid, Fundación Once/Civitas Ediciones, 1999)
- 32(a)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *Iglesia, economía, ley y nación: la civilización de los conflictos normativos en la España actual* (también en Peter L. Berger, ed., *Los límites de la cohesión social*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 1999)
- 32(b)/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *The church, the economy, the law and the nation: the civilization of normative conflicts in present day Spain*
- 33(a)/2000 **Elisa Chuliá**, *El Pacto de Toledo y la política de pensiones*
- 34(a)/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *Texto y contexto de una España anticipada: reflexiones y recuerdos sobre el campo, la ciudad y algunos testigos ejemplares de la España de los años sesenta* (una versión reducida con el título "Dos testigos ejemplares, Julio Caro Baroja y Dionisio Ridruejo", en *Claves*, 104, 2000)

- 35(a)/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *Globalización y tradición liberal: el tipo de desarrollo cultural necesario para la generalización de un orden de libertad* (también en *Claves*, 108, 2000)
- 35(b)/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *Globalization and liberal tradition: the type of cultural development needed to spread an order of freedom*
- 36(b)/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *From 'civil war' to 'civil society:' social capital in Spain from the 1930s to the 1990s*
- 37(a)/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *La educación liberal como la formación del hábito de la distancia* (también en *Formación y Empleo*, Madrid, Fundación Argentaria-Visor, 2000, Programa de Economía Familiar, Colección Economía Española, vol. XV)
- 37(b)/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *Liberal education as formation for the habit of distance*
- 38(a)/2000 **Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez**, *Galicia, un proyecto en expansión: retos y oportunidades para su desarrollo*
- 39(a)/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *Sociedad civil, esfera pública y esfera privada: tejido social y asociaciones en España en el quicio entre dos milenios*
- 40(a)/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *La sociedad civil emergente a escala mundial*
- 41(a)/2001 **Víctor Pérez-Díaz**, *Estados Unidos y las elecciones del 2000*. De próxima publicación en *Política Exterior*, núm. 80, Marzo/Abril, 2001.

ASP Separatas

- 1/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *Diez semanas después: el debate público ante la huelga y la reforma laboral* (en *Cuadernos de Información Económica*, 84, 1994)
- 2/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *Sociedad civil fin-de-siglo, esfera pública y conversación cívica* (en catalán en Joaquín Arango *et alia*, *El món cap on anem*, Vic, Eumo, 1994)
- 3/1994 **Víctor Pérez-Díaz**, *Cambio de fase y etapa de turbulencias: la sociedad civil española en 1992/1994 (colección de artículos de periódicos)*
- 4/1994 **Varios Autores**, *"The Return of Civil Society": recensiones críticas en publicaciones fuera de España en 1994*
- 5/1995 **Víctor Pérez-Díaz**, *Desdibujamiento del franquismo: anudando reflexiones y recuerdos* (en *Revista de Extremadura*, 18, 1995)
- 6/1996 **Víctor Pérez-Díaz**, *Las universidades del futuro: esbozo de sueños y reformas* (*Expansión*, 27/5/1996)
- 7/1997 **Víctor Pérez-Díaz**, *El tema del "capital social": apunte de una reflexión en curso* (en *En defensa de la libertad: homenaje a Víctor Mendoza Oliván*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1997)

- 8/1997 **Víctor Pérez-Díaz**, *Derechas e izquierdas: pasiones y espacios* (en *Claves*, 71, 1997)
- 9/1997 **Víctor Pérez-Díaz**, *Las dificultades de ejercer y de pedir la responsabilidad política: una colección de artículos 1994-1997*
- 10/1998 **Berta Álvarez-Miranda**, *Los debates sobre la adhesión a la UE en el sur de Europa*; y **Víctor Pérez-Díaz**, *Comparaciones y memorias: el europeísmo de los países del sur* (en *Tribuna Joven. España, sociedad industrial avanzada, vista por los nuevos sociólogos*, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 1998)
- 11/1998 **Víctor Pérez-Díaz**, *Ancianos y mujeres ante el futuro* (en *Claves*, 83, 1998; y en *Consecuencias de la transición demográfica*, Fundación Caixa Galicia, 1998)
- 12/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *El consumo, la conversación y la familia* (en Juan Antonio Gimeno, coord., *El consumo en España: un panorama general*, Madrid, Fundación Argenteria-Visor, 2000)
- 13/1999 **Elisa Chuliá y Berta Álvarez-Miranda**, *Envejecimiento de la población y prestación de cuidados a mayores: un nuevo reto para la política social española*
- 14/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *Reglas de juego y consensos de trampas: "lo informal" en la economía y la sociedad españolas*
- 15/1999 **Varios autores**, *Artículos sobre reforma del sistema de bienestar publicados en 1999* (incluye: **Elisa Chuliá y Berta Álvarez-Miranda**, "La aportación familiar al sistema de bienestar", *ABC*, 12/4/1999; **Víctor Pérez-Díaz**, "Una estrategia liberal comunitaria para el sistema de bienestar", *Expansión*, 24/4/1999; y **Berta Álvarez-Miranda**, "El cuidado de los mayores y la política social", *Expansión*, 27/11/1999)
- 16/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *The role of Spanish catholicism in the democratic transition and the formation of a civil society in Spain in the last fifty years*
- 17/1999 **Víctor Pérez-Díaz**, *Normative conflicts and political education: the ambiguous legacy of the Round Tables for democratic transitions in Europe*
- 18/1999 **Varios autores**, *Artículos sobre consumo publicados en 1999* (incluye: **Berta Álvarez-Miranda y Celia Valiente**, "Consumo en familia", *Expansión*, 13/3/1999; **Celia Valiente**, "Los efectos dudosos de la publicidad", *Expansión*, 31/7/1999; y **Juan Carlos Rodríguez**, "Alimentos transgénicos y riesgos virtuales", *Expansión*, 2/10/1999)
- 19/1999 **Josu Mezo**, *Artículos sobre economía e Internet publicados en 1999* (incluye: "Economía-e": ¿no tan distinta?", *Expansión*, 5/6/1999; y "¿Comprar en Internet?", *Expansión*, 24/12/1999)
- 20/2000 **Varios autores**, *Comentarios y análisis electorales publicados en 1999/2000* (incluye: **Juan Carlos Rodríguez y Josu Mezo**, "Números y soberanía", *Expansión*, 30/1/1999; **Josu Mezo y Juan Carlos Rodríguez**, "El pobre d'Hondt", *Expansión*, 29/10/1999; **Josu Mezo**, "La independencia no puede triunfar en el País Vasco", *Expansión*, 1/3/2000; **Juan Carlos Rodríguez**, "Voto juicioso y voto de pertenencia", *Expansión*, 18/3/2000; **Juan Carlos Rodríguez**, "El voto y sus razones", *Expansión*, 15/4/2000)
- 21/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *Actitudes del público ante la política de defensa: problemas en el proceso de formación de la voz de España en el concierto de las naciones*

- 22/2000 **Juan Carlos Rodríguez**, *Pensiones y opinión pública española en febrero de 2000* (*Expansión*, 13/5/2000)
- 23/2000 **Víctor Pérez-Díaz** y **Josu Mezo**, *La crisis estructural de la política del agua en España entre 1985 y 2000: la importancia de la deliberación política* (también en *Papeles y Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, VI, 2000; y como “Política del agua en España” en *Primer Congreso Ibérico sobre Planificación y Gestión de Aguas “El agua a debate desde la Universidad”*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1998)
- 24/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *Civismo y civilidad: colección de artículos publicados en 1998-2000* (incluye: “La amistad como metáfora”, *El País*, 14/12/1998; “Nacionalismos civiles o inciviles”, *El País*, 16/2/1999; “Formas de entrar en un milenio”, *El País*, 18/5/1999; “El valor de la prudencia cívica”, *Expansión*, 27/5/1999; “Miradas y razones: en recuerdo de Jaime García Añoveros”, *El País*, 13/5/2000; “La mundialización como oportunidad”, *Expansión*, 26/5/2000)
- 25/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *Oportunidad y riesgo de Latinoamérica para España* (*El País*, 27/5/2000)
- 26/2000 **Varios autores**, *Artículos sobre política del agua publicados en el año 2000* (incluye: **Berta Álvarez-Miranda**, “Agua y agricultura”, *Expansión*, 22/1/2000; y **Víctor Pérez-Díaz** y **Josu Mezo**, “El agua vuelve a la actualidad”, *Expansión*, 10/6/2000)
- 27/2000 **Josu Mezo**, *Proyección social de la tendencia a la gestión privada de las infraestructuras de transporte* (publicado en *XXIII Semana de la Carretera, Isla de La Toja del 23 al 27 de octubre de 2000. La nueva era de la gestión privada de las infraestructuras de carreteras en el mundo*, Madrid, Asociación Española de la Carretera, 2000)
- 28/2000 **Berta Álvarez-Miranda**, *Extranjerías* (*Expansión*, 30/9/2000)
- 29/2000 **Juan Carlos Rodríguez**, *Padres, hijos y deberes escolares* (*Expansión*, 28/10/2000)
- 30/2000 **Josu Mezo**, *Hermafroditas, calentamiento global y mujeres maltratadas* (*Expansión*, 25/11/2000)
- 31/2000 **Víctor Pérez-Díaz**, *Asociaciones civiles o inciviles* (*Expansión*, 23/12/2000)
- 32/2000 **Josu Mezo**, *Ciudadanos, agentes concernidos y usuarios: tres dimensiones de la participación pública en la gestión del agua*, II Congreso Ibérico sobre gestión y planificación del agua, Oporto, 9-12/11/2000 .
- 33/2001 **Elisa Chuliá**, *Trabajo femenino, igualdad de oportunidades y familia* (*Expansión*, 20/1/2001)

Otras publicaciones recientes de los miembros de ASP

Víctor Pérez-Díaz, Elisa Chuliá and Celia Valiente. *La familia española en el año 2000: innovación y respuesta de las familias a sus condiciones económicas, políticas y culturales.* Madrid, Fundación Argentaria-Visor, dis., 2000.

Víctor Pérez-Díaz, Juan Carlos Rodríguez y Leonardo Sánchez Ferrer. *La familia española ante la educación de sus hijos.* Barcelona, Fundación "La Caixa", Colección Estudios Sociales, 2000.

Víctor Pérez-Díaz. *Spain at the crossroads.* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1999.

Víctor Pérez-Díaz, Elisa Chuliá y Berta Álvarez-Miranda. *Familia y sistema de bienestar. La experiencia española con el paro, las pensiones, la sanidad y la educación.* Madrid, Fundación Argentaria - Visor, 1998.

Víctor Pérez-Díaz. *La esfera pública y la sociedad civil.* Madrid, Taurus, 1997.

Víctor Pérez-Díaz, Berta Álvarez-Miranda y Elisa Chuliá. *La opinión pública ante el sistema de pensiones.* Barcelona, La Caixa, 1997.

Víctor Pérez-Díaz, Josu Mezo y Berta Álvarez-Miranda. *Política y economía del agua en España.* Madrid, Círculo de Empresarios, 1996.

Víctor Pérez-Díaz y José A. Herce, dirs. *La reforma del sistema público de pensiones en España.* Barcelona, La Caixa, 1995.

ASP Research Papers están orientados al análisis de los procesos de emergencia y consolidación de las sociedades civiles europeas y la evolución de sus políticas públicas.

En ellos, se concederá atención especial a España y a la construcción de la Unión Europea; y, dentro de las políticas públicas, a las de recursos humanos, sistema de bienestar, medio ambiente, y relaciones exteriores.

ASP Research Papers focus on the processes of the emergence and consolidation of European civil societies and the evolution of their public policies.

Special attention is paid to developments in Spain and in the European Union, and to public policies, particularly those on human resources, the welfare system, the environment, and foreign relations.

ASP, Gabinete de Estudios S.L.

Quintana, 24 - 5º dcha. 28008 Madrid (España)

Tel.: (34) 91 5414746 • Fax: (34) 91 5593045 • e-mail: asp@ctv.es